

## **Simplemente, ¡gracias!**

**Mary Carmen Ballesteros**

**2014**

La belleza está dentro, un tópico de siempre. ¿Eres capaz de verla en una persona quemada?

Hace 15 años se me rompió la vida, cayó en pedacitos que luego tuve que unir y volver a construir, no sé si mejor o peor, pero lo importante es que lo hice.

Kassandra es mi hija y ahora tiene 25 años. Cuando solamente tenía 9, un incendio nos hizo protagonistas de una desgracia, cambió los parques de una niña por la cama del hospital, los sueños de muñecas por intentar caminar y la risa infantil por el miedo al dolor. Las quemaduras se extendieron por su cuerpo y dejaron su huella para toda la vida, porque no se borran con el paso de los años. Las quemaduras se quedan allí para recordarnos día a día lo que nos pasó, pero también para indicarnos que gracias a ellas somos alguien diferente. En el caso de mi pequeña, su paso por el hospital marcó una nueva meta, quería curar a los que estuvieran como ella, darle cariño a quien todavía no sabe lo que le espera y dedicar su vida a las personas que por algún motivo están ingresadas en un hospital.

Está a punto de lograrlo, sólo le queda un escalón, ha luchado con uñas y dientes contra todo lo que tenía en su contra, ha superado tristezas, agobios, piedras en el camino y mucho más.

¿Se puede ser positivo cuando para toda la vida nos van a mirar por la calle, en un trabajo, en una fiesta, en una reunión, en el día a día? Pregunto...sólo pregunto.

Cuando se quema la piel, se quema la autoestima, los sueños y comenzamos a ser diferentes.

Tenía el cuerpo quemado, las manos y los brazos, las piernas y los pies... y parte de la cara, sus ojos tristes... pero siempre supe que todo aquello externamente sería igual pero por dentro ella cambiaría, tenía que hacerlo, no podía dejar que pasara, yo no lo iba a permitir. Era el comienzo de una nueva vida, tendría que empezar a construir sueños con ella, que aprendiera a no depender de nadie, que aprendiera a vivir, sin vergüenza y que sobre todas las cosas supiera que era una superviviente y eso, no lo era todo el mundo. Sólo los más valientes salen con vida de un incendio, lo leí algún día en mi desesperada búsqueda en internet cuando salían pocas cosas. Pero leí eso, el cuerpo al verse amenazado con morir calcinado y antes de soportar el dolor de las quemaduras, nuestro cuerpo (que es muy sabio), decide morir. Se paran las funciones

vitales, el corazón deja de latir para que simplemente el ser humano muera. Si no morimos es que podemos soportar todo lo que viene. Convencí a Cassandra que era así y que a partir de ese momento era especial, nada podría hacerle daño, porque nada podía doler más que aquel dolor de la piel quemándose, la angustia de la asfixia mientras estábamos atrapadas en las escaleras.

Yo también me quemé, pero mis quemaduras dejaron de tener importancia para mí cuando la vi a ella, tan pequeña y tan inocente. Yo había vivido 39 años sin saber lo que eran, ella tendría que vivir el resto de su vida.

Intenté enseñarle a disfrutar del amor, a que confiara en su fuerza, a enfrentarse a sus miedos y tomar sus propias decisiones. La entusiasmé con la vida a pesar de que no es la que queremos, y que recuerde que ella es y será siempre su mejor amiga.

Que aprendiera a hablar o callar cuando le conviniera, y a ser consciente de sus logros sin esperar la aprobación de los demás y que no tomara como suyas las responsabilidades de quien le rodee.

Hoy me gusta en lo que se ha convertido mi hija, cómo toma sus propias decisiones; admiro cómo ha aprendido a aceptarse y cómo aprende cada día de sus éxitos y de sus fracasos.

Ya no pienso en los reproches que una vez hice a la vida, ahora sé que tengo mucho que agradecer y que antes nunca hice:

No pude agradecer a los bomberos que nos encontraron atrapadas en la escalera, a aquel hombre vestido de amarillo que llevó a mi hija en sus brazos. A la doctora que en aquella ambulancia puso las gasas frías en el cuerpo caliente de mi hija asustada.

A la enfermera que, aunque no logro recordar su nombre, me ayudó a caminar por primera vez después del coma y su ternura al hablar conmigo.

A Verónica, quien era voluntaria y me dio mi primer yogurt, que visitó a Cassandra y la acompañó en varios momentos sin yo saberlo. A Josep, quien no se cansaba de repetirme si yo sabía quien era y donde estaba; me trató con cariño y dulzura en mis peores momentos, que día a día me animaba a seguir viva.

A todas las personas que tuvieron el valor de acercarse a mi cama: a Sil que secó mis lágrimas, a Marlene que no me dejó sola ni un momento, que me demostró que ella era parte de mi vida pasada y de la futura, y a Rita, que sin casi conocerme, me hizo horas de compañía y me daba esperanzas.

A Mercedes, que acarició mi brazo mientras me contaba sus cosas para distraerme; a Eloina que no dejó de visitarme ni un solo día.

De más está decir que debí agradecer a mi familia lo que hizo por mí. A Pep y a María por ser los primeros en localizarnos y estar allí con nosotras; a mi tío Josep María por hacerme sonreír cada vez que venía a verme. A mi prima Gemma, por sus incansables viajes desde Girona para venir a vernos y a su esposo Joan por cuidar de Cassandra como nadie. A mi madre, que es la persona más optimista que conozco y con quién compartí mis horas de llanto.

El especial agradecimiento a las enfermeras de mi hija para quienes no tengo palabras con las que poder describir lo mucho que le ayudaron y el amor que le dieron cuando estaba solita.

A Julia, que me buscó por todas partes hasta que me encontró en el hospital. A Eugenia que lloró conmigo a través del cristal juntando nuestras manos una noche en contra de los horarios de visita.

Al celador que me llevó a ver a Cassandra y corría por los pasillos con mi silla de ruedas, sólo para hacerme reír.

A Ester Moragas por invitarme a comer el día después de mi salida del hospital. A Rosa, por llevarme y traerme cuantas veces necesité para poder ver a mi hija.

A los que nunca fueron a verme porque tuvieron miedo y a aquellos que desaparecieron de mi vida al saber lo ocurrido. A esos, les agradezco aún más, sobre todo por haberme demostrado cómo eran y que no valían la pena.

Al equipo médico del Vall d' Hebron que salvó la vida de mi hija y la mía misma, muchas gracias.

Estoy convencida que si no morí aquel día fue precisamente por todas y cada una de estas personas, son quienes me dieron esperanzas y fuerzas para seguir un camino difícil.

Quiero agradecer también a todas aquellas personas que llegaron a mi vida después del accidente y que, con paciencia, me dejaron contar lo que sentía y apoyar mi cabeza sobre su hombro para llorar una y las veces que lo necesité.

A Marta Allué con quien tuve el placer de hablar una tarde y contarle los abrumadores sueños que tuve en la UCI.

Hoy, después de 15 años, quiero agradecer a alguien especial...a Cassandra por haber sido tan fuerte y valiente, por hacerme sentir que es una razón para vivir, por ser como es, por su sonrisa en los peores momentos, y porque hoy ha sabido sacar todo lo bueno que lleva dentro. No sé como sería nuestra vida si aquello no hubiera pasado nunca... pero sucedió, y hoy me permito reír a carcajadas por la calle aunque no tenga una razón aparente.